

Persona, Ingmar Bergman (1966)



EL HOMBRE QUE VEÍA DEMASIADO

Alberto Fuguet

Amantes Sanguinarios, Leonard Kastle (1969)



Es curioso, pero el escritor cinéfilo que siempre anduve buscando, ese amigo-imaginario que tanto esperé, aquel literato intenso, real, indispensable, que uno necesita piratear cuando tiene mucho que decir y no sabe bien cómo, llegó atrasado a mi existencia.

Tan atrasado que ya no me hacía falta.

Aún me cuesta creer que supe de la existencia de Andrés Caicedo hace tan poco. ¿Dónde estaba yo? En rigor: ¿dónde estaba él cuando más lo necesitaba?

Lo encontré en una de mis librerías favoritas: La Casa Verde, en Lima, frente al Parque El Olivar, en pleno San Isidro. De pronto la palabra cine se fijó en mi radar. De entre los miles de libros que tapizaban las estanterías de esa casa pintada de verde, me fijé en un grueso libro azul oscuro titulado *Ojo al cine*. El libro estaba equidistante, me fijé, de *Queremos tanto a Glenda*, de Cortázar, y de un viejo ejemplar de *Un oficio del*

siglo XX, el loquísimo libro de críticas de Guillermo Cabrera Infante.

Dejé los otros libros que tenía en la mano para tomar este volumen desconocido. Exagero si escribo que mis manos tiritaban, pero casi. Al menos, deseaba que lo hicieran (close-up a manos que toman libro). Intuí que, más que enfrentarme a un texto, me estaba enfrentando a una persona. A un freak, digamos.

Lo primero que me llamó la atención fue la serie de fotos setenteras de un tipo flaco, con el pelo rockeramente largo, gruesos anteojos que hoy usan los que son cool y antes no lo fueron, y una polera manga-larga color calipso. Ahí capté que este tal Andrés Caicedo, el autor, estaba muerto. Un tipo tartamudo, pálido, que se pasa todo el día en el cine, no se pone en la cubierta de un libro. Un tipo así se esconde.

Caicedo alcanzó a vivir 25 años y se fue a negro con la ayuda de 60 pastillas de Seconal. Sucede que Caicedo había visto



demasiados filmes. Tantos, que comenzó a pasarse películas.

¿Por qué un autor suicida atrae tanto? ¿Por qué un cinéfilo suicida me impactó así? Si a los veinte hubiera leído a Caicedo, ¿habría planeado mi suicidio en plena función de trasnoche del Normandie? ¿Era Caicedo, entonces, el Cobain de los fanáticos del cine? O sea que, de hecho, el cine *podía* matar. ¿Era la cinefilia, entonces, una adicción peligrosa? ¿Y no solo un refugio para cobardes?

Compré el libro de inmediato y no paré de leerlo: en el taxi, en la sala de espera, en el avión. No era una novela, sino el guión de su vida, una muestra de las miles de películas que vio. De nuevo: ¿cómo no había sabido de él antes? ¿Tan fuerte era el poder de García Márquez en Colombia que terminaba asesinando a un chico urbano por el solo hecho de ser incondicional de Jerry Lewis y estar obsesionado con Kim Novak?

Caicedo, capté pronto, fue el cinépatra más cinépatra de todos. Un tipo que devoraba el cine y fue víctima de lo que él denomi-

naba la cinesífilis. Organizaba cine-clubs y revistas y no hacía otra cosa que ver y ver y ver. Su meta era clara: tragarlo todo y, luego, escribir sobre todo lo que veía, para así, en el acto de escribir, volver a ver lo que ya había visto. Su pasión y la desmesura lo llevaron a acumular toda la información posible hasta convertirlo, con el tiempo, en un cinéfago incondicional. Quizás la tecnología hubiera salvado a Caicedo. Internet Movie Database hubiera sido un lugar ideal donde volcar su trivia, los chats lo hubieran conectado con otros freaks, las cámaras digitales lo hubieran ayudado a filmar sus cintas de terror y una colección de videos o dvds lo hubieran dejado dormir tranquilo: ahí, en un estante, en orden alfabético, hubiera podido guardar todas esas imágenes que ya no le cabían en su cabeza.

Caicedo fue siempre un creador más que un crítico. Sus escritos bordeaban los límites de la ficción y, cuando se puso a inventar cuentos y novelas y teatro, todo le salía con olor a pantalla. Nunca sabremos cómo hubieran resultado los filmes de Caicedo. Personalmente, prefiero sus es-

Sunset Boulevard, Billy Wilder (1950)

critos de cine que sus cuentos y su novela. Pero, lo principal en Caicedo es Caicedo mismo. Es la idea del cinéfilo como mártir, el post-adolescente latinoamericano alienado con Hollywood, el solitario que se comprometió con la pantalla mientras todos solidarizaban con la causa. Caicedo llegó antes que todos y duró poco. La sociedad, por cierto, no lo mató, como tampoco, por fascinante que parezca, lo mató el cine. Pero sus excentricidades caleñas han logrado escapar a la vorágine barroca de su tiempo y, desde hoy, uno ve a Caicedo como un adelantado. Un adelantado, sí, pero también un tipo fuera de foco, desincronizado, limítrofe, liminal y border.

Caicedo nunca llegó a transformarse en mi ídolo, en mi crítico de cine fetiche, porque lo conocí demasiado tarde. De adolescente, me hubiera parecido un héroe. Ya más grande, más armado, Caicedo me pareció intensamente adolescente. En el mejor, y el peor, de los sentidos.

Meses después, en un festival de cine, me enteré de que, entre los críticos de cine latinoamericanos que sí crecieron

con o leyeron a tiempo a Caicedo, éste se transformó en una suerte de santo de los críticos. En el patrono de los cinéfilos.

“¡Quien haya perdido la pasión, no merece seguir escribiendo sobre cine! Ese es mi dogma, mi pequeño homenaje a Caicedo: sé que él me vigila”, me confesó una vez un crítico que, por lo visto, también veía demasiado.

“Si hay algo que me encantaría lograr es transmitir la alegría, perplejidad o desencanto que sentí como espectador, en el momento en que la historia llegó a su fin y se encendieron las luces. Eso es todo.”

Caicedo, por lo visto, no entregó su vida en vano. Anda por ahí, vigilándonos a todos.

Alberto Fuguet